

sobre el tablado había una pirámide con sus frontispicios y sus gradas, y las columnas llegaban hasta la cima de la cúpula de la iglesia: sobre esta pirámide se veían ochocientos candeleros de á nueve onzas cada uno, y junto á la cima de dicha cúpula había una cruz con veinte antorchas. Todos los altares estaban adornados de negro, y tenían sus candeleros; en cuanto al altar mayor, se hallaba todo cubierto de brocado de oro, con ocho gradas de alto.

El gasto de estos funerales fué de 28,000 escudos de oro, que hoy serian mas de 80,000. »

Para no limitarnos á principes, oigamos referir á un artista los funerales de un grande artista.

Á Cosme de Médicis, duque de Florencia.

Ilustrísimo y excelentísimo señor mio :

En la mañana de hoy 14 del corriente se han celebrado las exequias del divino Miguel Ángel Buonarroti, con tanta satisfaccion de todos que San Lorenzo estaba lleno de personas de categoría, ademas de muchas damas nobles y del gran número de extranjeros, lo cual era un espectáculo maravilloso. Todo ha pasado con gran quietud á causa del buen orden mantenido á la puerta por los servidores de Otto y dentro de la iglesia por el jefe de los esbirros con su gente; sin contar la guardia del capitán de Lanzi, que estaba al rededor del catafalco para cuidar de que los doctores, la Rota y la Academia de las Letras tuviesen sus asientos, y lo mismo todos los ciudadanos. Tambien cuidó de que la Academia y compañía de dibujo se colocasen por orden en lugar mas elevado, habiendo puesto en medio, enfrente del púlpito, á su lugarteniente, rodeado de los cónsules y de tres diputados, que fueron Bronzino, Jorge Vasari y Bartolomé Amanati. Benvenuto (Cellini) no ha querido encontrarse allí, ni tampoco Sangallo, los cuales han dado que hablar mucho á la generalidad. Se ha obsequiado á la familia de Miguel Ángel, haciendo que Leonardo Buonarroti se sentase al lado del lugarteniente, que se mostró muy complacido al ver este acto de piedad hácia la virtud de aquel anciano. En suma, toda la Academia estuvo sentada por mitades al lado del lugarteniente, y toda la compañía delante en otros bancos. Á los pies de la Academia había sentados unos veinticinco alumnos de la escuela de dibujo, entre ellos algunos de mucho mérito; ha sido tal la admiracion al ver esta mañana reunidos ochenta entre pintores y escultores, que no se cree haya habido nunca tantos artistas ni tan grandes.

El catafalco ha salido tan bueno que es indecible su magnificencia y majestad, y el admirable efecto de aquellas figuras en el sitio donde están colocadas. Cada uno de los referidos jóvenes se ha alegrado de probar su habilidad, y de obtener tan buen resultado; pues como aquellas figuras son blancas y representan el mármol, parecen aumentadas, y en suma mucho mas perfectas, habiendo agrado generalmente, hasta el extremo de dolerse todos de que esta obra deba quitarse de donde está, y de que no sea eterna. Las siete historias que se han pintado al claro oscuro en el catafalco, y otra donde se lee el epitafio de las letras que tratan de la vida de Miguel Ángel, son de igual mérito y tan hermosas como las referidas estatuas; coronando la obra aquella aguja donde se ve sobre un globo á la fama tocando tres trompetas y con tres guirnalda en la mano, todo digno del mas insigne de nuestros artistas, del mérito de tan buenos ingenios en estos tres artes, de la grandeza de V. E. I. y del afecto con que mira á esta ciudad y sus glorias.

El aparato que había en torno de la iglesia tenía cuatro historias en vez de las siete que contaba el del crucero; una de todos los rios de las tres partes del mundo, que acudian á acompañar al Arno en su sen-

timiento por la muerte de tan grande hombre; otra donde Miguel Ángel, habiendo llegado al otro mundo, y encontrando allí á todos los escultores, pintores y arquitectos antiguos y modernos, desde Cimabue hasta nuestros días, que habían dejado de vivir, se vió admirado y obsequiado por ellos; otra donde todos los jóvenes y niños que se dedican al arte, están sentados al rededor de Miguel Ángel, y cada cual le muestra sus cosas, tanto de escultura como de pintura, para recibir lecciones de sus labios; la cuarta representa á Miguel Ángel, que habiendo ido á ver á nuestro príncipe á Roma, se sentó á instancia de este en su presencia, mientras que S. E. se quedó de pie, por respeto á la edad y á la virtud, hablando con él.

En las dos naves de la iglesia había dos historias grandes á cada lado: una representaba al papa Julio II, cuando Miguel Ángel fué enviado á su corte como embajador porque se hallaba irritado contra él; enfrente estaba el papa Julio III, que viendo venir á Miguel Ángel al tiempo que hacia construir su iglesia, y estando sentado el pontífice y de pie todos los cardenales, mandó sentar al artista á su lado; otra representa á Miguel Ángel cuando fué á Venecia, y la Señoría envió personas que le visitasen é hiciesen grandes ofertas; la cuarta representa á V. E. I. en Roma, cuando tuvo aquella larga conversacion con Su Santidad. Todas estas historias están hechas de manera que los que generalmente se creian capaces de poco, han probado, excediéndose á sí mismos, que si se les ayuda, ejecutarán cosas maravillosas. Ademas, se veían en la iglesia ciertas muertes, que habiendo tronchado una azucena con tres flores, alusivas á las tres artes, parecían dolerse de no haber podido obrar de otro modo, pues tal era el orden de la naturaleza. Entre estas muertes había una eternidad que tenia bajo de sí una muerte, y por todas partes se veía un emblema con tres guirnalda, sencillas señales de tres círculos redondos que denotan en él la perfeccion de las tres artes.

Pasaré en silencio el orden de la música y de la misa solemne con las voces acompañadas del órgano, y despues la oracion recitada vivamente con gravedad y elocuencia por el señor Benito Varchi, que habiéndola oído antes V. E. I., bastará le diga que con grande admiracion de todos, no solo ha realizado la virtud de Miguel Ángel, sino tambien excitado el deseo de gloria en los que quisieran merecer igual alabanza y tener el honor de parecerse á él en algo.

Ciertamente, señor mio, bendiga en union de mis mayores todo el trabajo y tiempo empleados, porque de este modo V. E. I., con el beneficio que ha hecho al visitar y en parte socorrer á estos artistas, ha honrado su ciudad, la Academia, y mostrado que, como amante del mérito, desea que se honre al que la posee; pues estando esta Academia muy reconocida, al ver la importancia que le dan los hombres de mérito, y ansiando servir á V. E. I. si, como ha prometido, la ayuda, espera con el tiempo merecer, si no todos, á lo ménos parte de estos honores. Y yo, que siempre he deseado que V. E. I. ayude al que necesita de su apoyo, haré siempre lo posible para que estas artes vivan; segun que V. E. I. ha visto y ve diariamente, hago por sostenerlas con toda clase de obras y de escritos, pareciéndome que á la sombra del nombre de V. E. I. han ejecutado hasta aqui cosas que los otros principes enviadarian, á la grandeza, valor y virtud de V. E. I., á quien con todo el corazón me ofrezco y recomiendo, diciéndole que no destruiremos nada del catafalco hasta su felicísimo regreso, á fin de que personalmente vea los objetos que acabo de describirle.

Florencia, 14 de julio de 1564.

G. VASARI

Bodas del dux de Venecia en 1557. (SANSOVINO, X.)

« Á las veinte horas (*) recibidos en la sala del príncipe la Señoría y sesenta senadores, partieron de allí y se dirigieron á la plaza de San Márcos, pasando por debajo de varios arcos ricos con los adornos y pinturas. En seguida se trasladaron á la laguna, y embarcándose en el bucentauro, se encaminaron á casa de un hermano del dux, donde los aguardaba la novia. En cuanto subieron á las salas y pusieron el pié en aquellas habitaciones adornadas con tanta magnificencia, salió á recibirlos la esposa vestida á lo ducal, con la sotana de brocado y el traje de tela de oro con mangas anchas; le caía de la cabeza sobre los hombros un blanquísimo velo de Candia, fijado en la parte mas alta de la cabeza por la diadema, que era una gorra de oro rematado en punta, con el borde recogido por delante. Despues de los saludos y obsequios, le hicieron jurar la observancia de su capitular; ella se mostró muy agradecida, regaló á los consejeros una bolsa de hilo de oro y otra al gran canceller. Verificóse despues la regata en el canal, mientras acudian de todas partes barcas y góndolas, cuyo aspecto era magnifico por los damascos y ricos terciopelos que las adornaban, y que resplandecian á lo lejos á causa del mucho oro de que estaban guarnecidas. Entre ellas se encontraban todas las artes, cada una con los esquifes de su pertenencia, y mostrando gran pompa; los plateros llevaban un séquito de catorce góndolas, y todos juntos surcaban la laguna al son de pifanos y en medio de alegres danzas y vivas.

Cuando llegó la hora, esta comitiva fluctuante se dirigió en buen orden á San Márcos por debajo de arcos triunfales dispuestos en todo el tránsito, cerrando la marcha el bucentauro, donde iba la nueva esposa del dux. Al arribar la espléndida escuadra á aquella plaza, que estaba toda alfombrada de blanco, bajaron á tierra primero las artes, precedidas de los maceros y de la música, y en seguida los hombres mas respetables por su edad, de dos en dos y con trajes largos de terciopelo, damasco y raso. Iban delante los trompetas y los escuderos del príncipe, doscientas treinta y cinco mujeres, unas vestidas de raso y otras de damasco y de tabí blanco, con collares de diferentes formas, adornadas de perlas y joyas de inmenso valor; entre ellas había seis esposas que llevaban esparcidos por los hombros los cabellos entrelazados de oro, y veintuna matronas vestidas de negro y con velos, y la mujer del procurador de San Márcos, con traje de raso negro y mangas ducales, privilegio que debía á la dignidad de su marido. Detras venian los senadores, el gran canceller, los parientes del dux, que se distinguian, si eran hermanos suyos, por el traje de raso liso blanco, y si era un hijo del primer matrimonio, por ir vestido á lo ducal: finalmente, apareció, entre dos consejeros, la princesa; un caudatario le tenia los extremos del manto, y formaban su séquito muchos caballeros, senadores y parientes.

Despues de entrar la comitiva en San Márcos y de cantarse un himno gratulatorio, la esposa prestó nuevo juramento, y en seguida, para mostrar que pertenecía á otro, y recorrer los aposentos ducales, subió por la escalera Foscara, y visitó las artes; cada una de estas había ocupado algun departamento de los oficios y las galerias, manteniéndose con grande aparato, y como eran muchos, estaba lleno todo el palacio.

Primeramente salió á recibir á la esposa el mayor-

(*) Los Italianos, lo mismo que los Hebreos, Atenienses, Galos, Germanos y actualmente los Chinos, empezaban á contar las horas desde la puesta del sol. En algunos países italianos existe todavía esta costumbre. Así las veinte horas por ejemplo indican cuatro ántes de ponerse el sol en el día y mes de que se trata.

(N. del T.)

domo de los barberos, y con repetidos saludos le ofreció una colacion preparada en un plato que estaba cerca de allí; la princesa le dió las gracias y pasó adelante, llegando entónces á obsequiarla el mayor-domo de los plateros, que se habían establecido en un corredor, con la bóveda de una tela azul turquí, salpicada de estrellas de oro, á los lados tapices finos y en varias partes música y cantos. Á los plateros siguieron los sastres, que se habían instalado en un corredor adornado de terciopelo y de oro; y así sucesivamente fué pasando de un aposento á otro, todos llenos de vajillas de plata y de objetos preciosos: lo ménos que había eran alfombras de damasco, tapices orientales, trofeos con columnas y festones, insignias y banderas de seda, con franjas de oro. Visitó todas aquellas artes, y recibió y devolvió saludos y obsequios, hasta que, habiendo llegado á la sala grande, fué á sentarse en el trono ducal. La rodeaban los grandes del Estado, y en la sala iban y venian señores y máscaras de rarísimas figuras.

Cuando llegó la noche se alumbró todo el palacio, y recorrieron la plaza trescientos sesenta hombres con la misma divisa; cada uno tenía en la mano una fuente de plata llena de confites y dulces, y los acompañaban cien chicos, vestidos de seda, que llevaban antorchas, seguidos de veinticinco caballeros con trajes largos de terciopelo negro, baston de guardia en la mano, maceros y música. Despues de dar una gran vuelta en medio de la multitud entusiasmada, se dirigieron á palacio, entraron en la sala y ofrecieron confites y dulces á las personas que componian el séquito de la princesa. Entretanto se encendieron fuegos artificiales, que por espacio de tres horas tuvieron maravillosos á todos, esparciendo rayos en diversas direcciones. Despues empezó el baile, entremezclado de una espléndida cena, no terminando aquel hasta el otro día, y entónces volvian los festejos, divirtiendo en especial los carniceros con la caza de los toros. Aquellos regocijos siguieron durante muchos días, y las artes presentaron á la esposa del dux regalos espléndidos, y hubo dádivas de todas clases. »

Teniamos de mano de Marin Sanuto una descripción mas circunstanciada de las bodas de Lucrecia Borgia con el duque de Ferrara en 1502. La acompañaron en su viaje muchísimos caballeros y damas, embajadores y obispos, de modo que eran cuatrocientos veintiseis caballos, doscientos treinta y cuatro mulos y seiscientas cincuenta y tres personas.

« El esposo Don Alfonso salió á recibir á la esposa á Mal-Albergo.

El día 1º de febrero la ilustrísima señora marquesa de Mantua, á las catorce horas, fué con su comitiva en el bucentauro de Ferrara casi á Mal-Albergo; y habiendo llegado á este punto y encontrado á la ilustrísima esposa, que venía en una nave con la ilustrísima duquesa de Urbino, y otras cuantas personas, pasó la dicha señora marquesa de su bucentauro á la nave de la esposa, abrazándola y prodigándola mil cortesías: con ella entró la ilustre señora Laura de Gonzaga y la marquesa de Cotrone, dirigiéndose todos á Ferrara. Al llegar á la torre del foso desembarcaron, y la esposa saludó al señor duque de Ferrara que la esperaba en la orilla del Pó con setenta y cinco ballesteros á caballo, extendidos en fila y vestidos todos con librea blanca y encarnada. Despues de besarla, subieron todos al bucentauro, habiendo ántes los embajadores de los potentados, que estaban allí con el antedicho señor duque, tocado la mano á la esposa. Á las veinticuatro horas fueron á casa del señor Alberto de Este al otro lado del Pó, donde acompañada la esposa á su alojamiento y recibida por la señora Lucrecia Bentivoglio con otras muchas damas, todos se dirigieron á Ferrara, habiendo presentado ántes el senescal de Don Alfonso, para que formasen parte de la comitiva, á la señora Teodora con doce

doncellas vestidas todas de *camore* (camisilla exterior) de raso carmesí y *robboni* (traje sin cola con las mangas colgantes y abiertas) de terciopelo negro, forrados de tela de lana de corderos negros: le fueron además presentados cinco carros, el primero cubierto de brocado de oro, tirado por cuatro caballos blancos, y del coste de 50 ducados; otro forrado de terciopelo negro con cuatro caballos del mismo color, y los demás cubiertos de raso negro y tirados por caballos de distinto pelo. El vestido de la esposa consistía en un traje de hilo de oro, franjeado de raso carmesí con mangas de camisa a la castellana; un jubon encima acuchillado todo por un lado, de raso negro, forrado de piel de marta cebellina; el pecho descubierto, con la camisa abierta a su manera; a la garganta un collar de grandes perlas con un rubí pendiente y engastada una perla.... la cabeza sin *lenza* (diadema) y solamente con una cofia de oro. La señora marquesa llevaba un traje de terciopelo verde con colgantes de oro; una bata de terciopelo negro, forrada con piel de linco; en la cabeza tenía una cofia de oro, en la frente un cintillo de oro y otro en el cuello, con diamantes dentro. La señora duquesa de Urbino llevaba un traje de terciopelo negro bordado de cifras de oro.

Al cabo de dos días se verificó la entrada en Ferrara, y dentro de poco llegaron a caballo los setenta y cinco ballesteros del señor duque, con sayos todos de librea de paño blanco y encarnado a las órdenes de tres jefes vestidos de distinta manera. Seguían despues ochenta trompetas, entre ellos seis del duque de Romania, vestidos con un sayo mitad de brocado de oro y mitad de raso negro y blanco, y veinticuatro entre pifanos y trombones. Detrás iban los cortesanos y nobles Ferrareses, sin ningún orden, entre los cuales se contaron setenta cadenas, no bajando de 500 ducados el precio de cada una, por haberlas iguales de 800 y hasta de 1,200 ducados. Venía luego la comitiva de la duquesa de Urbino, vestida de raso y terciopelo; y cerraba este escuadrón el señor Don Alfonso con M. Anihal Bentivoglio. Su señoría montaba un gran caballo bayo, con los aparejos de terciopelo negro, guarnecidos de grandes pedazos de oro batido, con obras de relieve; llevaba encima un sayo de terciopelo encieniento, todo cubierto de escamas de oro batido, que según dicen importaba, con los aparejos del caballo, 6,000 ducados. Cubría su cabeza una gorra de terciopelo negro con cordones de oro batido y plumas blancas; en la pierna borceguines de pieles zamacadas encienientas parduzcas; para que le tuviesen el estribo, llevaba ocho lacayos, cuatro de corta edad y cuatro grandes, con almillas a la francesa, de brocado de oro y terciopelo negro, y calzas de paño negro y encarnado. Seguía la comitiva de la esposa, en la cual había diez parejas de Españoles, con sayos de brocado de oro y terciopelo negro y capas de terciopelo, forradas de brocado, algunos, además, estaban vestidos de terciopelo negro sin mezcla; entre todos se contaban doce cadenas de oro no muy grandes. Sucedian á estos los obispos, á saber, el de Adria, el de Comachio y el de Cervia, con otros dos enviados por el papa; los embajadores de dos en dos, esto es, el de Luea y uno de Siena, el otro de Siena y el florentino; los dos venecianos con mantos largos de terciopelo carmesí; cuatro embajadores romanos con mantos largos de brocado de oro, formados de raso carmesí. Detrás iban seis muchachos tocando el tambor y dos lacayos vestidos de brocado de oro y raso de diversos colores.

La esposa iba debajo de un palio de raso carmesí llevado por doctores, delante del cual era conducido un gran caballo mosqueado, que le regaló el señor duque, guarnecido de terciopelo carmesí con algunos recamos de oro; y la esposa entró montada en él hasta lo interior del puente de Castel Tealto (*Tedaldo*); pero, asustado de los tiros de fusil, la hubiera arrojado en tierra, á no sostenerla ocho palafreneros, que

vestían sayos de raso negro y amarillo, con calzas del mismo color; entonces se montó en una mula negra guarnecida de terciopelo, todo cubierto de oro tirado, con algunos clavitos de oro batido, cosa hermosísima y rica. Llevaba una camisilla con mangas anchas, á la francesa, de tela de oro y raso negro, entremezclados formando listas; encima un jubon de hilo de oro, todo abierto por un lado, forrado de piel de armiño; de lo mismo estaban forradas las mangas del traje; adornaba su garganta un collar de diamantes y rubíes, memoria de madama de Ferrara, y en la cabeza tenía el gorro de piedras preciosas que le envió á Roma el señor duque, junto con aquel collar sin hilo. Seis camareros de Don Alfonso la servían, vestidos de distinto modo, pero todos con cadenas grandes al cuello, y por fuera del palio el embajador francés la acompañaba solo; detrás iban la duquesa de Urbino y el señor duque de Ferrara. La duquesa estaba á mano derecha sobre una mula negra, con caparazon de terciopelo negro recamado de oro; llevaba puesta una camisilla de terciopelo negro, sembrada de ciertos trinos de oro batido, señales de astrología; á la garganta un collar de perlas, y en la cabeza un gorro de oro. El señor duque iba montado en un caballo de color morcillo, guarnecido de terciopelo negro, y llevaba un ropaje talar de terciopelo también negro. Seguían luego dos damas nobles, á saber, madama Jerónima Borgia y una Ursina, vestidas de terciopelo negro; detrás de ellas estaba madama Adriana, viuda, y parienta del papa; eran las únicas mujeres á caballo. A continuación iba madama Lucrecia Bentivoglio en un carruaje cubierto de brocado de oro, con otros doce carruajes llenos de damas nobles de la esposa ferraresa y holandesas; detrás eran conducidas dos mulas también de la esposa, con caparazones de terciopelo negro, guarnecido de plata batida, en diversas labores, cincuenta y seis mulos cubiertos de paño negro y amarillo, y doce cubiertos de raso de los mismos colores.

Había algunos arcos en los puntos por donde pasaba la esposa con varias alegorías. Á las veinticuatro horas llegó á la plaza, donde presencié el espectáculo de los dos que bajaron por las cuerdas, el uno desde la torre de Rugo Bello al suelo, y el otro desde la torrecilla del palacio de la Ragione; á aquella hora fueron puestos en libertad los prisioneros. En la escalera de la corte la recibió al son de la música la señora marquesa, vestida con una camisilla recamada, en union de la señora Laura de Gonzaga, que llevaba puesta una de brocado de oro, con listas de terciopelo negro, y toda su comitiva con muchas damas ferraresas. Los ballesteros quitaron el palio; los palafreneros del señor duque y de Don Alfonso disputaron entre sí para tener la mula; pero al cabo la obtuvieron los de Don Alfonso. Los embajadores, el señor Don Alfonso, la marquesa de Mantua, la duquesa de Urbino y el resto acompañaron á la esposa á la sala grande y á los aposentos ducales, adornados cual convenia al palacio, donde estuvieron un poco de tiempo, y luego cada uno se retiró á sus habitaciones, quedando solos los esposos.

Á los tres días, despues de comer, se dieron dos bailes en la sala, con gran dificultad por la mucha gente, y el señor duque pasó revista á los recitadores de cinco comedias que debían hacerse, vestidos como tenían que salir á la escena, eran en número de ciento diez, con trajes de cendal y camelote á la morisca. Delante había uno que representaba la persona de Pláuto, el cual recitó el asunto de todas las comedias. La primera se titulaba *Lepidice*, la segunda *Baquis*, la tercera el *Soldado fanfarron*, la cuarta la *Asinaria* y la quinta *Casina*. Á la una de la noche empezó la primera con intermedio de algunos juegos moriscos, que agradaron bastante. Uno fué de ciertos soldados á la antigua, con corazas fingidas, celadas de hierro en la cabeza, esquinelas y arneses también

fingidos, y en la celada plumas blancas y encarnadas. El primero llevaba una maza en la mano, el otro una hacha; aquel presidió el juego, y todos estoque y daga. Combatieron primeramente con las mazas, luego con los estoques, y por último con las dagas, batiendo el compas; habiendo caído al suelo la mitad de ellos, los demás los cogieron y llevaron á guisa de prisioneros fuera de la escena. El otro consistió en algunos infantes, armados de grandes cascos, gola y coraza maciza, con una pluma en la cabeza y hoces en la mano; con estas armas combatieron, habiendo mostrado ántes cómo se marcha á la batalla al toque del tambor. El tercero principió por una música, y en seguida aparecieron algunos Moros que llevaban dos bujías en la boca. El último fué de Moros, con hachas encendidas en la mano, que ofrecían un hermoso aspecto; además, ántes de la salida del primero, vino un pantomimo al son de pifanos, que se portó muy bien.

El día 4 de febrero la esposa no se presentó hasta las diez y nueve horas, hizo un ligero almuerzo y pasó luego á la sala acompañada por los embajadores, con un traje de hilo de oro á la francesa y una *albernia* de raso negro con listas estrechas de oro batido, á que estaban adheridas algunas piedras preciosas de breve tamaño, y forro de piel de armiño; en la cabeza tenía un gorro adornado de balajes y perlas, y un rosario de piedras preciosas al cuello. En aquel momento llegó también la ilustrísima señora marquesa, con un vestido bordado de hilo de oro; al cuello llevaba un rosario de perlas grandes, y en medio de este se veía un gran diamante; adornaba su frente una cinta con piedras de mucho valor. Con ella estaba la ilustrísima duquesa de Urbino, que vestía una *camorra* de terciopelo oscuro, toda cortada y unida por medio de cadenillas de oro batido, y emplearon el día en bailar hasta las veintitres horas; dirigiéndose entonces todos á ver la representación de la *Baquis* de Pláuto, que se verificó con un intermedio de dos juegos moriscos; uno de diez hombres, en la apariencia desnudos, con un velo al traves en la cabeza, cabellos de hoja de estaño batido, un cuerno de la abundancia en la mano, con cuatro antorchas encendidas dentro, llenas de barniz, que se inflamaba al mover dichos cuernos. Ántes de ellos había salido una jóven, que pasó medrosamente y con silencio, encaminándose al primer término del teatro; en seguida se apareció un dragon y fué á devorarla; pero cerca de ella estaba un hombre de armas á pié que la defendió, y combatiendo con el dragon, logró cogerle y llevarle atado. La jóven iba detrás del brazo con un jóven, y en torno los hombres desnudos bailando y arrojando fuego mediante aquel barniz. El segundo juego morisco figuraba unos locos con la camisa por fuera, las calzas en la cabeza, una vaina en una mano y en la otra una vejiga inflada, con la cual se daban golpes.

Al día siguiente 5, que fué sábado, la esposa no se presentó en público, pues estuvo ocupada en lavarse la cabeza y en escribir; de suerte que los demás señores, las damas y los caballeros emplearon todo aquel tiempo en recorrer alegremente la ciudad. Dicese que aquel día la esposa mostró privadamente al señor duque los privilegios de la redención del feudo de Ferrara. La señora marquesa llevaba aquel día un vestido de tabí blanco de plata, y en la cabeza y el cuello algunas joyas; la señora duquesa de Urbino un vestido de terciopelo negro con listas de oro tirado.

El domingo 6, se cantó una misa solemne en el palacio episcopal por el obispo de Carniola, á que no asistió mas señor que Don Alfonso, acompañado del embajador francés, pero si muchos cortesanos y pueblo. Luego que se acabó, un cubiculario del papa llamado Mr. Leandro, presentó una bula cerrada á Don Alfonso, la cual abierta, decía: que teniendo costumbre los sumos pontífices de bendecir todos los

años la noche de Navidad una espada y un sombrero, y dar ambas cosas á algun príncipe cristiano benemérito de la Iglesia, le había elegido á él aquel año, tanto por la dignidad de su casa, como por las dotes relevantes que le adornaban; que la espada era para la defensa de la fe cristiana, y el sombrero para la defensa de su persona. Despues de leer la carta en público, el señor Don Alfonso fué y se arrodilló junto al altar. El citado obispo, habiendo pronunciado ántes algunas oraciones, se puso en la cabeza un sombrero de terciopelo encieniento, adornado por encima de menudas perlas, y guarnecido de hilo de oro cruzado y pendiente en forma de túnica forrada de armiño con los extremos colgantes, y en la mano le puso una espada guarnecida muy ricamente de oro. Hecho esto, y despues de permanecer así por un poco de tiempo, le quitó ambas cosas; entonces el señor duque se levantó y llamó á Mr. Julio Jaxone, el cual tomó la espada, en cuya punta estaba el sombrero, y al son de las trompetas se marcharon á comer.

Terminada la comida, la señora marquesa, con un vestido á la francesa, de terciopelo negro, forrado de raso carmesí, cortado y unido por lazos de oro batido, y abotonado por delante con rubíes, en la cabeza un gorro hecho de ciertas listas de oro, y dentro de estas algunas piedras y perlas, al cuello un rosario de perlas y un lazo de oro, acompañada de sus hermanos y de la duquesa de Urbino, que llevaba un traje de terciopelo negro recamado de oro espeso, é iguales y aun mas ricos adornos que la marquesa en la cabeza y el cuello, fué á sacar de su habitacion á la esposa, que salió vestida á la francesa, de raso negro con listas de hilo de oro de dos dedos de anchas, figurando espinas de peces; en la cabeza un gorro y una cinta llena de joyas, y á la garganta un collar de gran precio, y subieron con ella por la escalera grande. Despues de haber ejecutado la esposa durante dos horas algunas danzas de estilo francés con su doncella, á las veintitres horas y media se marchó al espectáculo del *Miles gloriosus*, comedia de Pláuto, que duró hasta las cinco de la noche con intermedio de tres juegos moriscos. En el primero salió el Amor, y paseándose en la escena y disparando flechas, recitó algunos versos; despues salieron doce hombres cubiertos de hoja de estaño, llevando muchas velas encendidas, espejos en la cabeza, un globo agujereado en la mano, también lleno de velas, todo lo cual formaba un hermoso espectáculo; el segundo se compuso de chicos, que anduvieron por la escena dando cornadas, y detrás de ellos iba el pastor; en el tercero aparecieron infantes que vestían almilla de brocado de oro y plata, calzas iguales blancas y encarnadas, gorra de terciopelo negro, con plumas blancas en una caballera postiza, dardos en la mano y puñal al costado, los cuales, primero manejando los dardos, y luego el puñal, recorrían la escena, jugando y batiendo siempre el compas: en seguida cada cual se marchó á cenar.

Al otro día, que fué el 7, á las veintiuna horas, asistieron al espectáculo del combate de los dos hombres de armas, á quienes se había concedido el campo en la plaza, delante de la catedral de Ferrara; uno de ellos era discípulo del marqués de Mantua, y se llamaba Vicino de Imola; el nombre del otro era Aldobrandino Piatese, natural de Bolonia. Estos, al tocar las trompetas por la tercera vez, arrimaron las espuelas á sus caballos. Vicino, que partió desde el frente del palacio de la Razon, dió con su lanza en el hombro de Aldobrandino, que venía del otro extremo á su encuentro, y le arrojó en tierra; dejando entonces las lanzas, empezaron á emplear los estoques. Habiendo caído inadvertidamente Aldobrandino corriendo la lanza, el estoque desnudo que Vicino llevaba en la mano de la brida, hizo dos grandes heridas al caballo del enemigo, una en el pescuezo, y la otra en el lomo. Aldobrandino, manejando el otro

estoque, le rompió la punta, y de este modo lo usó un poco de tiempo, sin haber notado nada, despues tomó la maza; pero habiéndola perdido tambien pronto, así el puñal, y con él anduvo dando vueltas por la estacada. Vicino le seguia siempre animosamente, armado del estoque, y tratando de descubrir los sitios indefensos para herirle, lo cual consiguió hacer en una mano. En aquel instante, el caballo de su enemigo, á causa de las dos heridas que habia recibido, iba desfalleciéndose, en términos que sin duda le habria oprimido y muerto, si el serenísimo duque de Ferrara, que se habia reservado poner fin al combate cuando le pareciese, no los hubiera mandado separar. Aldobrandino, en cuanto oyó la orden, echó pié á tierra; pero Vicino, con muchos gritos al estilo turco, andaba caracoleando á caballo por la estacada. Su adversario mostró el estoque roto; y de esta manera se concluyó aquel duelo que habia durado una hora, guardando para sí el señor duque su dictámen entre ambos combatientes.

Desde este espectáculo se dirigieron al de la comedia de Pláuto, titulada *Asinaria*, que estuvo bueno y divertido: entre sus intermedios notaremos el de los salvajes que corrieron y saltaron un rato en la escena de un modo espantoso; oyendo luego sonar la trompa de caza, y recelando que vendrian los perros y los cazadores, se emboscaron, y mientras estaban en acecho, vieron salir conejos, que persiguieron, matándolos con palos y cogiéndolos. Como oyesen de nuevo la trompa, se ocultaron, y viendo salir cabritillos y gamuzas, salieron otra vez é hicieron lo que con los conejos. Al tercer toque de la trompa volvieron á la selva, y presentándose una pantera y un leon, se arrojaron á ellos con sus palos; los animales se defendieron valerosamente, pero al fin cayeron en poder de los salvajes, que los ataron en medio de los aplausos de los espectadores, y saltando se retiraron juntos á un extremo de la escena. Cuatro, cogidos de los brazos, formaron un círculo, y otros cuatro, de pié sobre ellos, se unieron en la misma forma, saltando y bailando, al son de caramillos, mientras que los dos restantes brincaban á su alrededor. Al fin se separaron. Tenian en torno del cuerpo sonajillas que hacian ruido con ciertos movimientos y con otros no, al mejor compas del mundo. Siguió á estos una música mantuana del Tronbonzino... Entraron luego al toque del tamboril doce aldeanos, que representaban la agricultura: primeramente cavaron la tierra; despues la sembraron con oro falso, cortado en pedazos menudos que llevaban en cestos; en seguida se pusieron á medir granos, y sucesivamente los batieron y ahecharon, hasta que salieron algunas aldeanas con frascos, cestos y marmitas tapadas, que les llevaban de comer, precedidas de zamponas; desde que llegaron, los aldeanos, deponiendo sus instrumentos, empezaron á bailar con ellas, al son de las zamponas, y entre danzas dejaron la escena, terminándose la fiesta cerca de las cuatro de la noche, hora á que todos se fueron á cenar.

La esposa se presentó aquel día, con un traje de hilo de oro, jubon de raso negro, forrado de armiño, á la garganta un collar de piedras de gran valor, y en la cabeza un cintillo de esmeraldas y diamantes. La ilustrísima marquesa vestia un traje de terciopelo carmesí, con listas de brocado de oro, todas cortadas; un riquísimo collar de piedras preciosas, y en la frente una cinta de diamantes muy grandes. La señora duquesa de Urbino tenia un traje de terciopelo negro, con listas á lo largo y atravesadas de brocado de oro y plata; adornaban su cuello y su cabeza perlas y piedras de igual clase. Este día el orador frances regaló á la esposa un rosario de muchas cuentas de oro.

El día de carnaval, que fué el 8, los embajadores llevaron sus regalos á la habitacion de la esposa; y allí, despues de haberle presentado el duque casi

todas sus joyas, que son hermosísimas y de gran precio, empezaron los Venecianos, y le regalaron, despues de cierto exordio, dos mantos y capuchas de terciopelo carmesí; luego el florentino le regaló una pieza de treinta y cinco brazas de paño de hilo de oro, alto y bajo muy hermoso; en seguida, los Sieneses le dieron dos vasos grandes de plata, de un precioso trabajo; por último, los de Luca le regalaron una hermosa aljófaína con su pié de plata. Hecho esto, la esposa, con un vestido de brocado de oro y de raso negro, todo cortado y unido con seda blanca, un jubon de raso carmesí forrado de armiño, á la garganta un collar de piedras y perlas hermosísimas, en la cabeza un gorro cargado de joyas, acompañada de la señora marquesa que llevaba puesto un traje de terciopelo negro, con adornos de hilo de oro, gargantilla de perlas grandes con un rubí en medio, en la frente una cinta de diamantes, rubíes y esmeraldas hermosísimas, y de la señora duquesa de Urbino que vestia un traje de terciopelo negro con listas de brocado de oro; á la garganta llevaba un collar de hermosísimas joyas, y en la cabeza un adorno semejante al de la marquesa. Habiéndose dirigido á la sala, se bailó hasta las veinticuatro horas, y en seguida asistieron á la última comedia, titulada *Casina*, que el pueblo aplaudió mucho.

Los intermedios de esta fueron, primero y ántes de principiarse la comedia, una música del Trombonzino, en la cual se cantó una letra chistosa en loor de los esposos. Concluido el primer acto, salió, al toque del tamboril, una mujer, vestida á la francesa, y detras de ella diez jóvenes vestidos de cendal blanco y encarnado, divisa de Don Alfonso, con cestos en la mano, en que se leían las palabras *amor no quiere*. Mientras estos bailaban, la mujer les iba arrancando de la mano los cestos y los arrojaba lejos de sí; ellos, fingiéndose irritados, se retiraron, y volviendo armados de dardos, los lanzaron á la mujer hasta dejarla medio muerta. En esto llegó el Amor, que salvó á la mujer, derribando á los jóvenes con los golpes de sus flechas. Luego que estos se levantaron y se fueron, vino una música de Bárbaros mantuanos, que acompañó una cancion de esperanza. Al fin del segundo acto aparecieron seis hombres de las selvas, que arrojaron desde un extremo de la escena una bola grande, dentro de la cual estaban encerradas las cuatro virtudes, á saber, la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza; y estas, una vez abierta la bola, al son de una trompa entonaron cierta cancion. Acabado el tercer acto se oyó una excelente música de seis violas, siendo uno de los ejecutantes el señor Don Alfonso. Al terminar el cuarto, salieron doce hombres armados á la alemana, con corazas, alabardas, daga y penachos en la cabeza, que ejecutaron un bonito juego morisco. Para fin de fiesta aparecieron doce hombres con antorchas largas encendidas por ambas puntas, que formaron un hermoso espectáculo jugando con ellas. En seguida, siendo las seis, todos se marcharon á cenar. En estas bodas, la señora marquesa de Mantua ha hecho muchos regalos, tanto de dinero como de trompetas, bufones, tambores, pifanos y otros instrumentos músicos; entre otras cosas, ha regalado á tres bufones españoles un vestido para cada uno, dos de brocado de oro y el tercero de raso negro, con forros hermosísimos, etc. »

Estas mismas fiestas se encuentran descritas en las cartas (publicadas hace poco en el *Archivio storico*) de Isabel de Este á su marido Francisco Gonzaga.

En los diarios manuscritos de Marin Sanuto se hallan insertas varias cartas de Inspruck de 1502, donde se describen fiestas y torneos dados por el emperador Maximiliano, y que traslado en parte:

« El día 20 de enero, su majestad cesárea, vestido con una sobrevesta de damasco, parte de color leonado y parte verde y blanca, con dos hombreras, cubiertas de un gracioso velo, justó, corriendo cuatro

lanzas. La primera y la segunda vez arrojó en tierra al compañero, la tercera cayeron ambos, la cuarta cayó él solo. Por la noche se dirigió á una sala, donde habia una mesa redonda que tenia al rededor siete árboles, y junto á cada uno de ellos se veía á un hombre con un casco dorado y fuerte en figura de jabalí, y armas doradas. Allí estaban sentados siete hombres ricamente vestidos, y despues de cenar entraron dos peregrinos, que en aleman les persuadieron á combatir por una reina suya, viuda. En consecuencia, se trasladaron á una sala grande, donde habia una estacada, y en ella un hombre armado de punta en blanco, y acompañado de ciertos salvajes, que tocaron algunas trompas, con música perfectísima. Principiada la pelea, permanecieron un poco de tiempo riñendo, lo que formó un hermoso espectáculo; al fin, todos los hombres de las selvas se arrojaron sobre aquel que estaba solo, y habiéndole levantado en el aire, le bajaron al patio, donde uno que montó á caballo, le colocó delante y dió tres veces la vuelta en torno del referido patio, terminándose de este modo la fiesta.

El día 24 su majestad cesárea se dirigió á la justa á las veintidos horas á la italiana, y tuvo por contrario al conde Borso de Gútemberg, combatiendo con armas afiladas. La cesárea majestad llevaba un tonelete hecho de cendal, con cuarteles encarnados, blancos y de color de ceniza, y por remate una sirena; el vestido tenia la misma figura, el sobretodo el mismo emblema, y encima del yelmo se veía otra sirena. Corrieron una sola vez á caballo, y la cesárea majestad le arrojó á una distancia igual á la longitud de su lanza. El precitado conde llevaba un tonelete de la misma hechura que el de la cesárea majestad, diferenciándose en que tenia pintadas dos manos unidas, con una corona encima. Aquel día corrieron únicamente dos justadores, los cuales, desde el primer encuentro vinieron á tierra. Por la noche, despues de cenar, dos reinas con máscara fueron conducidas á una estacada hecha en la sala, y tomaron allí asiento. Un gentil hombre del rey, á modo de lansquenete, manejó un rato la lanza por sí; luego, como llegase otro, se colocaron frente á frente, y combatiéron algun tiempo con grande aplauso y placer de los espectadores. Hecho esto, el conde Félix de Wurtemberg, acompañado de muchos trompetas y un heraldo, marchó á la empalizada, armado como hombre de guerra, con lanza al hombro, daga y puñales á los costados; y tomando una de aquellas reinas, despues de bailar con ella la dejó ir á un lado de la empalizada, poniéndose él al otro; en seguida su majestad cesárea, armado del mismo modo y acompañado de algunos hombres de las selvas, á guisa de trompetas, ejecutó lo propio con la otra reina. La referida majestad y el referido conde llevaban constantemente cerca de sí á un muchacho, con un estandarte rojo en la mano, que tenia en el centro un grifo dorado; luego empezaron, primero con las lanzas y despues con las dagas y los puñales, á combatir, mostrando siempre ambos gran valor; y así permanecieron un rato con sumo placer de los espectadores, separándolos al fin el conde de Torn, el conde de Nasau, el conde Fustimberg y M. Nicolas Firmiano, que con este objeto estaban en la empalizada, armado cada cual de una lanza. Seguidamente ambos, llevando á sus respectivas reinas de la mano, salieron de la sala.

El día 26 hubo otra justa, donde, entre otros, lidió su majestad cesárea con hierro afilado, vestido de paño de oro carmesí y armado á la talismana, sobre un caballo con bandas cubiertas de paño de igual clase. Por la tarde se presentó á lidiar en la empalizada, como queda dicho mas arriba, en la misma forma, caracoleando y combatiendo, y siendo al cabo separados los combatientes, salvo que esta vez estaba vestido de salvaje con gran gala, llevando encima una esclavina, bordada en su mayor parte de barras de oro.

El 3 de febrero, cerca de las diez y nueve horas, á la italiana, se dirigieron á la justa, que estaba dispuesta fuese al estilo de Italia, es decir, con barreras, armaduras y sillas. Salieron á combatir ocho lidiadores y entre ellos su majestad cesárea, que llevaba una escarcela de terciopelo blanco carmesí, con algunas listas y recortes. Tenia el sobretodo cubierto de damasco blanco con un águila de terciopelo carmesí en el centro, y por cimera dos alas negras con una corona de oro. La justa duró cerca de hora y média, y en ella su majestad cesárea, en honor de la verdad, se portó como un hombre. En medio del espectáculo cayó una armazon de madera sobre la cual habia mas de doscientas cincuenta personas, y aunque no murió ninguna, muchas salieron con las piernas, los brazos ó la cabeza rotos. Concluida la justa, cada cual se retiró á su casa, y cerca de las dos, á la italiana, se dió principio al baile. Asistieron á él la real majestad, los oradores franceses, españoles y borgoñones, faltando el de Venecia, que se habia quedado en Inspruck. Despues de bailar un poco de tiempo, se presentaron su majestad cesárea, el duque de Methilburg y el caballero mayor cesáreo, vestidos de aldeanos á la italiana, con trajes á propósito, bailando los tres á la italiana separadamente; su majestad cesárea bailó *do Gianolo ó bel Gianolo caza fora le caure*, con la mayor gracia del mundo. Terminada esta danza, la sacra cesárea majestad se retiró, y quitándose aquel traje, se quedaron los tres con almillas de seda y garnachas de tela de oro á la italiana. Despues de ejecutarse algunas danzas al estilo aleman, su majestad volvió con una hermosísima gorra turca de paño de oro con doble recamo, forrada de piel de armiño, concluyéndose en seguida la fiesta.

El día 13 de dicho mes, que fué el primer domingo de cuadragésima, su majestad cesárea dispuso un torneo, el cual se verificó del modo siguiente. Primeramente se rodeó con una barrera la plaza de Inspruck, y se cubrió de arena: á un lado habia un tablado, y en él estaban los jueces infrascritos, á saber, Mons. Truchono, Mons. Ametavilla, dos de los oradores borgoñones, el heraldo del rey cristianísimo de Francia y el conde de Zodaro. Á eso de las tres despues de medio día, á la alemana, vino su majestad cesárea, acompañado de ocho combatientes á caballo, con armas, lanzas y caparazones á la italiana, y tenia caparazones dorados sencillos, y algunos llevaban sobrevestas. Su majestad montaba un caballo blanco, hermoso corcel; tenia dos caparazones de paño tejido con hilo de oro, el manto á la italiana del mismo paño de oro, y una sirena en la cabeza, pequeña, con algunas plumas, perfectamente hecha. Delante de ellos iban muchachos vestidos de cendal con varias divisas, y cada uno llevaba un escudo dorado en que se veian las armas de los combatientes. Habiendo entrado en la empalizada, con muchas trompetas, se presentaron al tribunal de justicia, mostrando todos sus armas y escudos á los precitados jueces, conforme se fueron acercando; en seguida, dirigiéndose á un extremo de la empalizada, hicieron allí alto. Inmediatamente se presentaron por el lado opuesto otros nueve lidiadores, precedidos tambien del mismo modo y en el propio sitio, fueron á colocarse enfrente de los primeros. Entónces se comisionó á algunos nobles á caballo para invitar á ambas partes al combate, que se verificó de la manera siguiente: Corrian dos, uno por cada bando, á encontrarse con las lanzas, y despues echaban mano de los estoques; en cuanto se daban algunos golpes, los mismos que los habian invitado á la pelea intervenian para separarlos, y con esto los combatientes volvian á sus sitios. En esta forma empeñaron la lucha los dos bandos, dándose muchos golpes con las espadas; al fin fueron separados, y despues, mezclándose todos, corrieron uno sobre otro sin respeto ni consideracion, y se apalearon de tal suerte que todos